

III. *La novela luminosa,* Mario Levrero

Querido Mario,

No sé cómo recibirá el lector que me dirija a ti, tras leer la entrevista a Viel Temperley donde nos habla sin demora, como si se estuviera yendo y, efectivamente, no llegó a tiempo de verla publicada. Curiosamente, tú nos dejaste en un hospital con el mismo nombre que el de su poema, solo que uno está en Montevideo y el otro en Buenos Aires, lo que me ha hecho fantasear con esta idea de que igual todo gran escritor se despide en un Hospital Británico. ¿Te imaginas? Debería comprobarlo. Otro elemento en común es que él escribía con las persianas medio bajadas para no dejarse deslumbrar por la luz del día, como hacías tú, en tu apartamento sin cédula, donde te pasaste horas y horas jugando a la computadora, aunque te afectaran cuestiones de mayor calado. De hecho, cuando empecé a escribir esto, yo no esperaba que la religión fuera a colarse por tantas rendijas, aunque tu dios sea menos carnal y prefieras hablar de la Providencia, que es aún más misteriosa, por la forma en que interfiere en nuestras vidas, si es que lo hace. Disculpa mi escepticis-

mo. En realidad también lo tuve con Temperley, como ya dije, aunque su Cristo no se le apareciera en «un cuadro grande como una casa» —y aquí vuelvo a Sarduy— si no en pequeñito. Él lo vio en una postal y su gesto era distinto. No estaba en escorzo ni medio desnudo, sino bendiciendo con los dedos en alto y actitud serena, pues su Cristo es el bizantino, el que redime. Con todo, me gusta que lo cite a los pies de una pared desnuda, frente a su cama y que para verlo no tuviera que alzar la vista. «Voy hacia lo que menos conocí en mi vida: voy hacia mi cuerpo», dice uno de sus versos más citados, pues él lo buscó siempre tensando sus músculos, entre brazadas y hachazos. Tú, en cambio, no es que fueras muy atlético: a lo sumo te limitaste a renunciar a una nevera para obligarte a salir a diario a hacer la compra y mover un poco el culo. Leo que de niño tuviste un soplo al corazón por el que te quedaste casi quieto durante dos años en los que te aficionaste a leer y a los juegos de ingenio. Desde luego, eso debió activar tu imaginación. Lo digo porque el dios que tú mencionas como una presencia manifiesta, yo nunca lo he ‘visto’. Ni en la mirada de una prostituta, ni hacerme señas con las antenas de una hormiga, ni hacerse vino en un racimo de uvas solitario, según tus palabras, y no es que sea insensible a las cosas con las que me cruzo.

Una vez, el extremo de mi bufanda me rozó la mano y yo la moví violentamente como si se me estuviera chamuscando y todo porque, durante un segundo, pensé

que aquel roce era un perro que vino a olfatearme, sin aviso. Sucedió en la calle, a pleno día. Rara vez llevo bufanda y en esa época estaba muy agitada. Vivía con presentimientos y miedos cuyo origen me era muy difuso. Tanto es así que mi hermana me regaló un imán rojo y brillante en el que ponía: KEEP CALM AND CARRY ON, que es lo que se les decía a los soldados en la Segunda Guerra Mundial. Mantened la calma y seguid adelante. Por supuesto, le había hecho partícipe de lo ridícula que me sentí más tarde, cuando me vi desde fuera, pegando un salto y con el corazón hecho trizas, por el simple roce de una bufanda. Y si finalmente hubiera sido el hocico de un perro, ¿qué hubiera pasado? Nunca lo soñé. Sí tuve un par de ataques de pánico pues aquel chuchó-fantasma me dejó en un estado del que tardé más de un año en salir. Se ve que a nuestro cuerpo a veces le pasa: le salta la alarma antiincendios sin que haya señal alguna de fuego ni de peligro. Esto desconcierta bastante, por mucho que otros crean que hay que estar abiertos a esta clase de experiencias, en vez de agarrarse al primer imán y tragarse un fármaco, que a fin de cuentas es lo que hacemos la mayoría. Bloqueamos ciertas sensaciones, como la que debiste sentir aquel día en que saliste a la calle con ojos de pintor y reparaste en sus espacios, colores y formas, convenciéndote de que jamás podrías conducir un coche sin estrellarlo. Comparto ese miedo aunque en ti debió ser más aparatoso, claro que, en su lugar, te dio por escribir, aferrándote a cosas muy frágiles, lo que

explica mi empatía hacia tu singular Fitzcarraldo, ese monumento a la inoperancia alimentado por tu deseo de narrar experiencias o momentos sublimes, recurriendo incluso a su negativo, es decir, a la banalidad extrema. Y es que hay que ver la de chorraditas que nos cuentas en tu novela luminosa. Con todo, estoy segura de que es lo que le sucede a cualquier escritor que va en busca de su ballena blanca: por el camino se hace un montón de burillas.

Leí que concebiste esta hazaña la víspera de una operación de vesícula e incluso la ensayaste en un diario anterior, del que tengo encuadrado este párrafo: «Aquí me estoy recuperando, aquí estoy luchando por rescatar pedazos de mí mismo que han quedado adheridos a mesas de operaciones, a ciertas mujeres, a ciertas ciudades, a las descascaradas y macilentas paredes de mi apartamento montevideano, que ya no volveré a ver, a ciertos paisajes, a ciertas presencias. Sí, lo voy a hacer. Lo voy a lograr. No me fastidien con el estilo ni con la construcción: esto no es una novela, carajo. Me estoy jugando la vida». Recuerdo mi desconcierto inicial, cuando tras confesar esto, te pasas páginas y páginas anotando las peripecias de un pichón de paloma que se cayó del nido y aterrizó en tu patio. Si esto es jugarse la vida, ¿qué es desperdiciarla? Yo las leí de un tirón, primero indignada, como debió estarlo Sussekind inicialmente con el diario de su padre. Y luego... ¿qué pasó luego? Soy incapaz de explicármelo. Quizás entre frase y frase me indujiste a

la hipnosis, a la que te aficionaste junto con la telepatía, como para exprimir un limón sobre una taza de café... ¡Qué asco! La cuestión es que tras esa lectura fui al estante de la biblioteca, medio enfurruñada, y de entre tus libros cogí el más voluminoso. Antes ojeé su supuesto argumento, que en mi cabeza quedó resumido en tres palabras: paja de escritor. No en vano, la novela luminosa a la que se refiere el título apenas tiene cien páginas y tarda en empezar, pues el prólogo, que es el diario de su elaboración, ocupa más de cuatrocientas, como un tumor que le sale al texto y lo posterga. Capturar lo sublime es lo que tiene: ni sucede a diario, ni durante mucho rato. Hay que ser paciente. Además, me dirás, que ya existen antecedentes: Tristram Shandy no nació hasta el libro tercero.

Dicho esto, no sé si es por el tema, pero me pregunto si no serás esa clase de escritor que sobre todo gusta a quienes aspiran a serlo, porque saben que en su entrega interfieren tantas cosas, tantas, y no todas son reseñables, algunas hasta resultan patéticas, como tu batalla con el corrector de Word (2000) al no dejarte agregar la palabra «pene», ni «teta», pero «coño» sí... ¡Qué gran misterio! Lo mejor es que al escribir Joyce, su nombre se transformara mágicamente en José. Todavía me estoy riendo. Por eso me dirijo a ti como si te conociera, porque es como si te estuviera viendo malgastar tu querido y subvencionado tiempo, atiborrándote a tomate y ajo y esas novelitas de serie negra que, de tan viejas, casi se te

deshacen en las manos. O auscultándote mentalmente, en busca de cualquier síntoma que te distraiga de la escritura, como el mosquito en la noche o esa mata de pelos que identificaste en el baño y que casi te abduce. O esa frase chapucera que leíste en un cartel de oficina una y mil veces, como espina que se te clava en la encía. Por no hablar de la silla que se rompe, el rotring que no fluye, el colmillo que se mueve y todos tus desajustes con la computadora, a la que metiste mano una y otra vez, al romper con Alicia. Entiendo que esa separación sí que te dejó poso, como para despertarte llorando bastantes años después y rendirte a sus montañas de milanesas. ¿Tendrás cara? Esa mujer nunca dejó de cocinarte. Otras te sacaron a pasear y hasta te mantuvieron, lo que seguramente te facilitó las cosas, no como a Rosa Chacel. En el fondo es encantador que te obsesionaras con sus diarios ¡con lo que despotricó ella de su fregadero! Y que igualmente te encomendaras a Santa Teresa de Jesús, que no es lo que se dice la imagen de la comodidad, y más sabiendo que reflatoste una revista de crucigramas y que en tu salón persiste una foto del Gordo y el Flaco. Nota mental: no hay que darse por hecho.

Respecto a tus maestras, me gusta pensar que ambas lidiaron con sus límites, solo que Santa Teresa se lanzó a la piscina. A ella le ganó la urgencia. De ahí que parte de su expresividad esté precisamente en lo atropelladas que suenan algunas de sus frases. Chacel, por su parte, fue más dada a revolcarse en el fango. Esto ya lo he comen-

tado. Quizás su problema es que como escritora se tomó a sí misma demasiado en serio. ¿No crees? Todavía la sigo pensando. Entiendo que tú te acercaste mucho a eso que ella le daba pánico o ante lo que se creía incapaz, aunque en realidad no lo fuera tanto. Me refiero a capturar el «tono conmovido y sencillo de las cosas sentidas directamente, sin la menor elaboración». Otros que son más impresionables te tildan de kafkiano, adjetivo que me hace ir con los pies de plomo, de lo que se ha abusado. Cuando se lo adjudican a algún autor, yo tiendo a leerlo con el piloto puesto, acordándome de sus abuelas, que es como mirar el ¡Hola! pensando en quién limpiará todas esas mansiones, si es que son reales. También hay quien dice que Levrero escribía para ver morir a los pájaros. Esto ya me gusta más, pues está claro que tuviste algo con ellos: al gorrión que se cayó del nido (*Diario de un canalla*) le sigue la paloma fresca que aparece entre las garras de tu perro (*El discurso vacío*) y la que ya es una calavera, en una azotea vecina (*La novela luminosa*), que es la imagen final de tu obra. Sé que entre medio publicaste más libros (*La trilogía involuntaria*, *Nick Carter...*, *El alma de Gardel*), pero yo me ciño a este hilo más visceral y biográfico, el que iniciaste tras salir de una mesa de operaciones, al grito de «No es una novela, carajo. Me estoy jugando la vida». Bueno, no sé si gritabas, pero entiendo que tuvieras ganas.

A saber por qué te afectaron tanto las palomas. Te afectaron como a mí en su día el chucho-fantasma, salvo

que yo jamás me planteé que fuera la Divina Providencia. No tuve ese consuelo, aunque a veces te busque en la punta de algún grifo y me exciten las casualidades. De hecho, me sucedió leyéndote. Al final de la página 352 del ejemplar que tomé en préstamo de la facultad de Letras ponía «Al libro de mi biblioteca...», pero el texto saltaba unas cuarenta páginas. Comprobé cómo seguía en la edición de bolsillo que me acabé comprando. «...le faltan hojas». Así que me sucedió lo mismo que a ti, justo en la frase donde lo explicas. ¿No es increíble? Me intriga tu interpretación considerando que eres de los que cree que los textos preexisten a su escritura y que la clave es vencer a nuestra «vocecita de mierda», alejarse de las distracciones y permitir que se escriban. Ayuda, imagino, hacerlo presionados por las circunstancias, como lo hicieron la mayoría de autores que he ido citando en esta primera parte.

Si la inicié en un cementerio de pájaros en honor a Chacel y sus soledades, la cierro con tu última observación: «La cabeza de una paloma sin plumas ni carne es casi puro pico, enorme en relación con el cráneo. Con razón son tan estúpidas». Así que tras construir toda una intriga sobre esta presencia, creyendo que era Dios, nos la desmontas de un plumazo. Me pregunto si no era por serle fiel a esta idea tuya de que la literatura es como una imagen que una elabora por ahí dentro y que devuelve a la superficie lo menos filtrada posible y sin absolutamente ninguna garantía. A veces el resultado puede ser

sublime, aunque dure lo que un castillo en el aire o no sea visible para todo el mundo porque, es cierto, lo que a mí me conmueve, para otros puede que sólo sea un montón de huesos. Una estúpida paloma o el final de una bufanda. Supongo que escribir pasa por asumir todo esto. De hecho, es su gracia y también su riesgo y me alegro de que apostaras tu vida en ello, enfrentándote a algo tan incierto, que para mí son las mejores batallas. Las de la sombra.

Con afecto.